

volcó sobre la mesa el vaso de limonada; después el vaso resbaló al suelo y se hizo pedazos.

Las otras chavas también se asustaron. —¡Los pachucos!—, gritó la hija del doctor Manrique, y también quiso correr.

Cerca de la mesa de las chavas estaban seis tipos de los de Tijuana, todos ellos hijos de ricos y seguramente amigos de las chavas. El Bronco ni siquiera se dio cuenta cuando se le acercó uno de ellos, un fulano que trabajaba en un banco y que sin más ni más le dio un puñetazo entre quijada y oreja. El Bronco fue a dar sobre unas sillas, y cuando se estaba levantando llegó otro de los apretados y lo volvió a hacer caer al suelo de una patada que le dio en medio de la cara.

Yo nomás me acuerdo que nos levantamos y que se nos echaron encima los apretados y todos los meseros y los cantineros y parece que vi que el Joe tiró al

suelo a varios, pero por fin también a él lo descontaron. El Joe y el Bronco quedaron noqueados y a nosotros nos echaron afuera a empellones y nos estuvieron cuidando hasta que llegó la policía.

No me dejaron llevarme el chevroleto cuando nos hicieron subir a la julia. Adentro nos empezamos a reír de la paliza que nos habían dado; el Joe no podía ni abrir el ojo izquierdo y era el único que no se reía y decía que ya había visto al que lo descontó y que se la tenía que pagar. Pero el Bronco sí estaba risa y risa, a pesar de que le habían tirado dos dientes de la patada que le dieron.

—Estoy contento porque al fin me arriesgué —dijo el Bronco—. Pero no crean ustedes que yo soy de los que se desaniman a las primeras de cambio.

—Seguro, loco —le dijo el Yei—. Y no te olvides que somos tus amigos y que jalamos parejo.

EL SUPPLICANTE

Por Sergio MAGAÑA y Emilio CARBALLIDO

Dibujos de José CAVA

Pieza en un acto

Se levanta el telón

Personajes:

CARLOS DE LA O
LUCRECIA DE LA O, hermana de CARLOS
MANUEL, novio de LUCRECIA
EL DIRECTOR
UN AUTOR
OLGA
RAFAEL
UN TRAMOYISTA
EVA.

(Todos, miembros de un grupo juvenil de teatro experimental.)

Otros actores, actrices, tramoyistas, etc.
El público.

En México, D. F. El día de la representación.

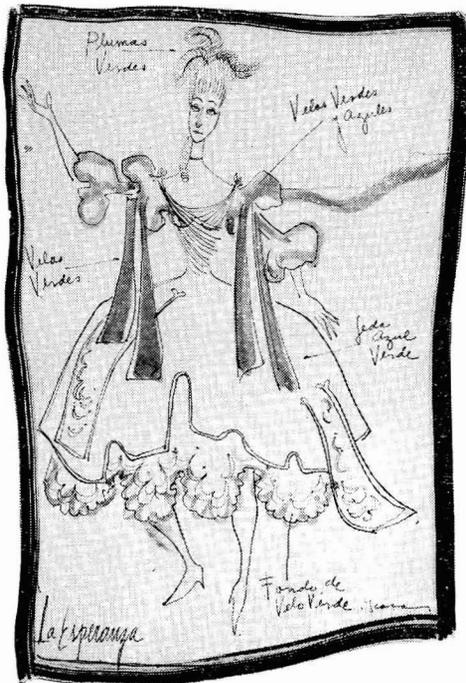
El Suplicante fue estrenado en el teatro "Tivoli", en el Concurso de la Primavera de 1950. Dirigida por Guillermo Familiar y con Julio Taibada, Amparo Garrido y Agustín Sauret, en los papeles principales.

(Apagada la sala, sale el Director, sin que el telón se levante, y dice al público, con esa insegura firmeza del que improvisa una excusa:)

EL DIRECTOR.—Señoras y señores: A nombre del grupo pido a ustedes mil perdones por un cambio imprevisto del programa que vamos a hacer. Por causas ajenas a nuestra voluntad no vamos a ofrecerles la obra anunciada en el programa. En lugar de *El suplicante*, presentaremos los dos sainetes de Sor Juana Inés de la Cruz, *Primero* y *Segundo* sainetes, que escribió como intermedios a *Los empeños de una casa*. Esperamos que la benevolencia de ustedes nos perdone por este cambio imprevisto, así como por lo que de defectuoso pueda tener, o vaya a tener nuestra escenificación. Principiaremos pues, el *Sainete primero, de palacio*, y suplicamos encarecidamente, otra vez, sus disculpas. Muchas gracias. (Sale).

(Aparece un irreal salón palaciego: columnas blancas, fondos rojos y dorados. A la izquierda, poco al centro, un retorcido sofá blanco, donde está sentada Olga, vestida como la Esperanza, con un fantástico traje verde lleno de velos. Lucrecia, como el Amor, viste en naranja y se cubre con un velo azul; está a la derecha. Eva, como el Obsequio, viste un traje pesado, en gris, guinda y plata. El Respeto, un actor corpulento, en negro y dorado, y la Fineza, actor en rosa, azul y blanco, con peluca y en pose afeminada, completan el cuadro, inmóviles. Se oye como fondo la "Música Acuática", de Haendel. Entra el Alcalde por el fondo. Viste la moda palaciega del 1750, en gris oscuro y azul añil. Hace una graciosa reverencia y principia a decir su parlamento. Los demás personajes se mueven y cambian de actitud, hasta componer un nuevo y plástico conjunto).

RAFAEL (Como el Alcalde).
Alcalde sor del Terreno
— quiero en esta ocasión



de los entes de palacio hacer Ente de razón. Metafísica es del gusto sacarlos a plaza hoy, que aquí los mejores entes los metafísicos son.

(Se oyen dentro voces altas: "Carlos, sal de aquí inmediatamente", —"¿Yo ni no me van a provocar y me voy a aguantar", —"¿Tú también, Manuel, ten sentido de responsabilidad", —"Es que yo no le voy a aguantar", —"¿Qué cosa no me vas a aguantar? Dilo". "¡Bajen la voz, que se va a oír todo". Las voces bajar y dejan de oírse. Rafael, como Alcalde, no se ha interrumpido ni un segundo. Elevando la voz y sobreactuándose ha tratado de disimular. Cierta inquietud ha corrido por los demás actores.)

RAFAEL (Como el Alcalde).

Vayan saliendo a la plaza, porque aunque invisibles son, han de parecer reales, aunque le pese a Platón. Del desprecio de las damas plenipotenciario soy y del favor no, porque en Palacio no hay favor. El desprecio es aquí el premio y aun esto cuesta sudor, pues no lo merece sino el que no lo mereció.

(Las voces vuelven a oírse, más altas y violentas:

CARLOS.—¿A mí? ¡A mí!

MANUEL.—A ti, porque esto ya es demasiado, te lo digo.

DIRECTOR.—¡Cállense los dos! —Y un nuevo silencio.)

(Los del sainete, visiblemente nerviosos, no se han interrumpido ni un momento. Así es que han seguido adelante:)

RAFAEL (Como Alcalde).

Salgan los entes, salgan que se hace tarde, y en Palacio se usa que espere nadie.

LUCRECIA (como el Amor, hace una reverencia y suspirando exageradamente, con las manos en el pecho, avanza:)

Yo, señor Alcalde, salgo a ver si merezco el premio.

RAFAEL (Alcalde).—¿Y quién sois?

LUCRECIA (Amor).—Soy el Amor.

RAFAEL (Alcalde).—¿Y por qué venis cubierto?

(Se oyen de nuevo las voces:

CARLOS.—¿Eso dices? Anda, así se pega.

MANUEL.—No, ove, esp...

CARLOS.—Ahora no corras. Así, anda, así, así.

(De pronto, irrumpen colpeándose en el escenario Carlos y Manuel. Sale el Director tras ellos tratando de separarlos y Rafael se precipita a hacer lo mismo. Los demás muchachos del grupo salen a escena. Se formarán así diversos grupitos de acción y diálogos; los parlamentos unidos por una llave, serán dichos y actuados simultáneamente con los de la llave o llaves sirvientes. Por su parte, voces y gritos esporádicos contribuirán a la confusión).

SIMULTANEAMENTE { LUCRECIA.—¡Carlos, Manuel, Dios mío!
RAFAEL.—¡No se pueden parados
CARLOS.—Suéltlenme.
MANUEL.—¡Payaso!
OLGA.—¿Qué pasa?
TRAMOYISTA.—¿Qué brutos!
EVA.—¡Pero oigan!
LUCRECIA.—¡Es Carlos!

LUCRECIA.—¿Por qué?

MANUEL.—Es un imbécil, no sabe nada. Un desgraciado.

OLGA.—(Gritando) ¡El telón, bajen ese telón!

(El telón empieza a bajar, pero se interrumpe a la mitad. Sube, vuelve a tratar de bajar, pero queda fijo a la mitad. La confusión no ha cesado un momento.)

SIMULTANEAMENTE
 CARLOS (Sujeto) ¡Vas a ver, vas a ver!
 OLGA.—¿Se dan cuenta de lo que hacen?
 DIRECTOR.—Los dos quedan expulsados del grupo, ¿lo oyen?
 CARLOS.—Es un desgraciado.
 MANUEL.—El único desgraciado eres tú.
 RAFAEL.—Cállense ya y salgan del foro.

SIMULTANEAMENTE
 VOZ DE UN TRAMOVISTA.—Esta porquería no funciona.
 EVA.—Hagan algo.
 UN AUTOR.—(Que sube de la luneta) Señores, por favor, señoritas. les ruego que no se alarmen. No es nada esto. Va a pasar ahorita. (Sacude a los pleitistas) ¡Oigan, muchachos! ¡Qué pena, qué ridículo! Señores, por favor, les juro que es sólo un incidente.

SIMULTANEAMENTE
 MANUEL.—Bajen siquiera el telón.
 CARLOS.—No bajen el telón, no, no.
 LUCRECIA.—¿Qué les pasa, Manuel?
 MANUEL.—¿Y yo qué sé?
 OLGA.—(A Carlos) ¿Pero por qué le...?
 CARLOS.—¡Bueno, ya! (Lo sueltan)
 EVA.—(Al autor) Da las gracias y que se vayan, suspende todo.
 RAFAEL.—Esto se fue al diablo.
 AUTOR.—Es inútil. (Al público) Amigos nuestros, señores: les ruego que... les rogamos que abandonen la sala.

SIMULTANEAMENTE
 CARLOS.—¡Nada de eso! ¡Un momento!
 (De un salto, baja Carlos del escenario y corre a la puerta del teatro. Ahí se coloca con los brazos en cruz para impedir todo paso. El director corre en su seguimiento, y forcejea con él).
 DIRECTOR.—Mira, oye, qué haces. Salte de aquí, pero ya.
 CARLOS.—¡Déjame!

(Los actores quedaron pasmados con la nueva audacia de Carlos. Gritan:)

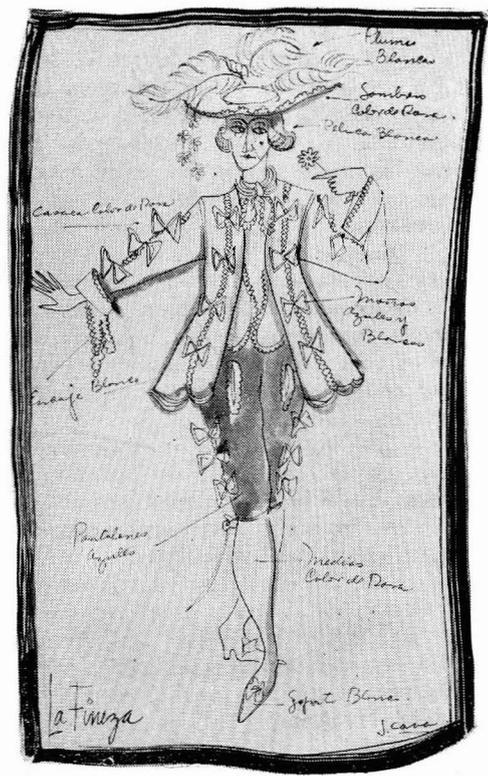
SIMULTANEAMENTE
 LUCIA.—¡Carlos! (Al director) Corre tú.
 EVA.—¿Qué irá a hacer?
 OLGA.—¡No lo dejen, hombre!
 RAFAEL.—¡Con un demonio!
 MANUEL.—¡Cínico!
 EVA.—Quítalo de ahí.
 OLGA.—Esto nos faltaba.
 EVA.—Quítalo.
 RAFAEL.—¿Qué pasó, Manuel?
 MANUEL.—No sé, de repente sentí que me estaba golpeando.

(Todos los del foro quedan pendientes de la puerta de la luneta).

DIRECTOR.—Hemos hecho lo posible por quedar bien, pero... (A Carlos) Oyeme.
 CARLOS.—¡Déjame! ¡De aquí no sale nadie!

DIRECTOR.—Pues me vas a oír. Al público se le debe respeto.

CARLOS.—Al público sí, pero a ustedes no.



SIMULTANEAMENTE
 DIRECTOR.—Hazlo entonces por el público.
 AUTOR.—(Llegando) Eres... un... escandaloso.
 CARLOS.—¿De veras?
 LUCRECIA.—(En escena) ¡Carlos, hermano! (Al público) Es mi hermano, ay, no sé decir nada.
 OLGA.—Ya para qué.
 LUCRECIA.—¿Cómo pudo pasar! ¡Nos quitarán el teatro!

DIRECTOR.—Hazlo por tu hermana Lucrecia.
 CARLOS.—Ya la oigo. Lo único que le importa es que puedan quitarles el teatro.
 DIRECTOR.—(Al público) Yo, personalmente, les pido que nos ayuden con su paciencia, sólo un momento. Esto ya va a remediarse. (Al autor) Ve por la policía.
 CARLOS.—Voy a hablar aquí, te advierto.

SIMULTANEAMENTE
 DIRECTOR.—¿Qué me importa. Habla lo que te dé la gana.
 AUTOR.—Tú te callas. Más escándalo no.
 LUCRECIA.—¡No, oye, no!
 RAFAEL.—¿Qué cosa más insopportable.
 OLGA.—¡Ya cállenle la boca!

CARLOS.—¡Cállenmela si pueden!
 MANUEL.—Atrévete pues a hablar.
 CARLOS.—¿Lo dudas?
 UNO DEL PUBLICO.—¿Esto es lo que nos dan en lugar de función?
 CARLOS.—Sí, compañero. Los señores no tenían nada mejor que ofrecer.
 UNO DEL PUBLICO.—¿Y cree que no merecemos que nos respeten?
 CARLOS.—(Cambia de actitud) Si ustedes me dejan explicar, los convenceré de que perdonen todo esto. Señores, señoras, ¿están dispuestos a oírme?

SIMULTANEAMENTE
 OTRO DEL PUBLICO.—Ya déjenlo hablar.
 OTRO DEL PUBLICO.—A ver si habla tan bien como escandaliza.
 OTRO.—Déjenlo que hable.
 MANUEL.—Claro que no. Esto no es asunto para gritarlo aquí.
 CARLOS.—Gracias. Gracias. (A Manuel) Este sí es asunto para aquí. (Marcha al foro, excusándose al pasar por el pasillo, con frases que dice a ambos lados:) Perdónenme ustedes. Lo demostraré, perdón. Será cosa breve. Discúlpennme.

(Lo siguen autor y director)

SIMULTANEAMENTE
 LUCRECIA.—Vámonos mejor.
 MANUEL.—No sé qué has esperado.
 EVA.—Tú tienes la culpa, Manuel.
 LUCRECIA.—Ay, no sé qué piensa hacer ahora.
 OLGA.—Otro escándalo.
 MANUEL.—Tú y yo nos vamos cuando menos.

(Todos en el escenario)

CARLOS.—(A Manuel) Tú menos que nadie. (Suplicante) Lucrecia...

OLGA.—Farsante.
 CARLOS.—Lucrecia.
 LUCRECIA.—No me hables. ¿Por qué has hecho todo esto?

CARLOS.—Es verdad (Humillado).
 UNO DEL PUBLICO (Grita).—¿Qué pasó? ¡Estamos esperando!

MANUEL.—¡Qué paciencia! (Al público) ¿Saben ustedes por qué provocó esto?

CARLOS.—Cállate. El que va a hablar soy yo.
 MANUEL.—(A los demás) Pero, ¿lo van a dejar hablar de veras?

LUCRECIA.—¡Ya, Manuel!
 DIRECTOR.—Habla, por fin.

CARLOS.—Sí, debo empezar. Este... Yo escribí una obra.

LUCRECIA.—(Medrosa, lo toca) Carlos.
 MANUEL.—Escribió una cosa sucia.

VOZ DEL PUBLICO.—¡Déjenlo que hable!
 DIRECTOR.—Es cierto, escribió una obra. Lo que pasa es que nos negamos a representarla.

CARLOS.—¿Por qué?
 MANUEL.—Por asquerosa.

CARLOS.—¿Por qué la ensayaron entonces? ¿Por qué la anunciaron? ¿Tuvieron miedo a última hora?

MANUEL.—No fue miedo. Descubrimos por qué la habías escrito.

AUTOR.—Basta, Manuel.
 MANUEL.—No basta. Debería tener más dignidad.

CARLOS.—¿Qué dices?
 LUCRECIA.—(Deteniendo a Manuel antes que replique) ¡Por favor!

CARLOS.—¿Qué tiene mi dignidad?
 LUCRECIA.—No discutan aquí, no, no.

CARLOS.—¿Pero oíste lo que me dijo?
 LUCRECIA.—(Volviéndose a otro lado, tratando de no llorar) Ay, Carlos me da vergüenza ser tu hermana.

CARLOS.—¿Vergüenza dices?
 LUCRECIA.—Sí, mucha.

CARLOS.—(Mira a todos que inclinan la cabeza o miran a otro lado) ¿Por qué? ¿De qué? (Señala a Manuel) ¿Y lo la tienes de andar con ése?

AUTOR.—Carlos, mira donde estamos.
 CARLOS (A Lucrecia).—¿Tú crees que a mí no me arde también la cara al verlos siempre juntos, abrazándose en los ensayos, besándose en los pasillos, en los rincones?

LUCRECIA.—¡No te quiero oír, ay, no te quiero oír!

MANUEL.—¿Y eso qué tiene? ¿No es ella mujer?

CARLOS.—Pero tú no tienes derecho.
 MANUEL.—Odias a todo el que la mira.

AUTOR.—Estamos hablando de la obra.
 CARLOS.—(A Manuel) Tú tienes la culpa.

OLGA.—¿De lo que escribiste?
 MANUEL.—La obra no sirve. Teníamos que rechazarla.

CARLOS.—¿Rechazarla tú? ¿Y por qué? Tú solamente actúas.

DIRECTOR.—Es que es imposible. Teníamos que rechazarla.

CARLOS.—¿A última hora?

AUTOR.—Te dijimos que cambiaras la última escena. Es imposible, ni sugerida se puede soportar.

CARLOS.—¿Cambiar? Si es fundamental. Y menos a última hora.

MANUEL.—No te quejes entonces.

DIRECTOR.—No sirve eso, de veras.

CARLOS.—Si es lógica, es fundamental. Enteramente básica.

DIRECTOR.—Ya fue suficiente. Vámonos. (*Al público*) Señores:

CARLOS.—(*Le impide*) ¡Ah, no. Ahora no van a echarse atrás. Señores: Yo escribí una obra que tenía valor, interés, poesía.

LUCRECIA.—¡No sigas ya, hermano!

CARLOS.—(*Duda. la ve. Continúa.*) La llaman sucia y baja. Los personajes salieron de la *Biblia*. No ocurre más que en la *Biblia*.

OLGA.—Pero tampoco ocurre menos. Y aquí pasa delante de un muerto.

CARLOS.—(*Sin hacer caso*). El tema es una paráfrasis bíblica. Los personajes son: Amnón, el hermano triste, Tamar, la hermana dulce, y Jonadab, el amigo pérfido el único bajo en la obra...

MANUEL.—No vamos a permitirte que sigas.

CARLOS.—Déjame. Tú y yo arreglaremos después muchas cosas. (*El Autor detiene a Manuel.*)

CARLOS (*Al público*).—En la última escena...

AUTOR.—¿La vas a contar?

CARLOS.—Pero si es fundamental, es lógica. Por favor, déjenme hablar. En la última escena ocurre que... pero no, no puede narrarse. Es que deberían verla. Es que deben verla. (*Se vuelve como buscando algo.*)

DIRECTOR.—¿Oué quieres hacer ahora?

CARLOS.—Sólo un momento. ¿Cómo será? Esperen. Así, mire, perdón... Es decir, bueno... (*Al público*) Imaginen un decorado sencillo: un sofá, o una banca, lo que sea, es lo de menos. Esto podría ser... ¡A ver! (*Arrastra el sofá, empujando a la gente que lo rodea. Lo coloca al centro*). Ahora... Lucrecia, mira, oye... por favor, es necesario...

LUCRECIA (*Comprendiendo que quiere hacerla actuar*).—No Carlos. ¿Qué quieres hacer?

CARLOS. (*Acercándosele*).—Tú serás Tamar.

LUCRECIA.—No, no. Eso no.

CARLOS (*Obligándola por la mano, suavemente*).—Tú serás Tamar. (*La lleva al sofá.*)

LUCRECIA (*En débil defensa*).—No sabes lo que haces.

CARLOS.—Siéntate. Así. Ahora... (*Mira en derredor. A Rafael*).—Tú serás Jonadab. (*Lo ve, en su ropa palaciega*) Pero no. (*Al autor*) Tú. Ven, puedes hacerlo, solamente para... (*Lo empuja al sofá, pero lo detiene una idea*) No, no. Tú no. (*Lo suelta. Va lentamente hacia Manuel. Lo señala de cerca. Sorprendentemente:*) Tú.

RAFAEL.—¡Carlos, deja ya de hacer estas necedades!

MANUEL.—(*Retrocede y niega con la cabeza*) ¡Estás loco!

CARLOS.—Tú vas a hacer el Jonadab.

MANUEL.—¡No!

DIRECTOR.—Manuel, ya basta. El público espera algo. Haz el papel. Tú lo has ensayado.

MANUEL.—Yo no hago nada.

(*Carlos lo estruja con violencia y lo lleva al sofá.*)

CARLOS.—Yo soy Amnón, ¿entiendes? (*Lo obliga a sentarse*) Quitate el saco. (*Lo despoja del saco, que tira a un lado y recoge uno de los actores*). Así, sentado con ella. Más juntos, mucho más. Tómense las manos. ¿Por qué no lo hacen? Imagínense que están solos.

LUCRECIA. (*Quiere rebelarse*).—No puede ser.

CARLOS (*Atajándola*).—No te muevas. Dale tus manos. Tú, abrázala. (*Lucrecia, apenada, hunde la cara en el hombro de Manuel. Su gesto es el de quien dice: "Hágase lo que Dios quiera"*.)

CARLOS (*Al público*).—Señores, les ruego... Esto es tan sólo el clímax, el clímax de la obra. Ella es Tamar, mi hermana... El es Jonadab. Con palabras de insidia ha hecho nacer un obscuro deseo en el hermano de Tamar... Esto es, no exactamente... por favor les ruego su atención... esto es el argumento, los antecedentes... Yo, yo seré Amnón, el hermano, inocente y culpable, encausado por la actitud, por el ejemplo de Jonadab... Amnón ha visto en Tamar, siempre, a la hermana niña, pero llegó el extraño, codicioso y adverso, con palabras falsas para Amnón, con intención culpable para Tamar; con amistad fingida para mí, con caricias nuevas para ella. Yo, yo trabajo en un banco, en el banco de nuestro padre judío. El, él es un extranjero, un ambicioso. Y yo llego y los encuentro así, ofensivamente así, como lo sospechaba, como antes había estado en los pasillos, en los rincones... Y luz, la luz... ¡Apaga esas luces! ¡Apaguen bien la sala! Y aquí, sobre ellos, una luz ámbar, y luz azul lo demás. O penumbra. Debe haber música. Rafael, los discos. Pon algo violento. No, algo melódico, algo apropiado, anda, lo que sea, tú sabes. (*Lo empuja hacia fuera*) Y salgan todos de aquí. Sólo ellos. Nada más ellos. (*Salen todos, poco a poco, algunos empujados por Carlos*) ¿Ya está todo listo?... Esta luz... Y la estatuilla... La estatuilla... (*Mira en torno, sale un momento, sin dejar de hablar*) La estatuilla... hace falta, pero... esta botella será la estatuilla. (*La deja en el suelo*) Una mesa... ¡Una mesa! (*Va a salir a buscarla cuando entran el autor y Rafael con una mesita*) Aquí, frente al sofá... (*Pone la botella encima*) Y aquí, la estatuilla de Jonadab. Empiecen. Ya. (*Salen Rafael y el autor*) Empiecen. Lo saben bien. Alguien que esté listo de traspunte. Anda, Manuel. Es casi el final. Desde... desde... "Miro llanto en tus ojos". Anda, Manuel, dilo. "Miro llanto en tus ojos."

MANUEL (*Viendo a Carlos*).—Miro llanto en tus ojos, Tamar.

CARLOS.—Ahora tú. "No lo mires."

LUCRECIA (*Sin saber ni lo que dice*).—No lo mires. No quiero que lo veas, Jonadab.

CARLOS (*Con entonación de "¿Vamos a soportar esto?"*) ¿Es que lloras por mí?

LUCRECIA (*Aturdida*).—Por ti y por mí, Jonadab.

MANUEL.—¿Por mí? ¿También por mí?

LUCRECIA (*Calla y se oye al traspunte decir la frase. La repite ella*).—Tú cruzarás el mar. Yo quedaré sola.

MANUEL.—Sola no.

LUCRECIA.—Bien, con esta imagen mía, como un espejo, por sola compañía. ¿Por qué me has desnudado, Jonadab?

(*Carlos ve cómo, tras la inseguridad y el temor, sus actitudes van siendo ya las del papel y las entonaciones empiezan a corresponder con las de las frases. Retrocede unos pasos. Les oye unos parlamentos más y sale.*)

MANUEL.—Mis ojos atravesaron tu vestido, pero mis manos modelaron el barro sin la violencia del deseo y he pulido el bronce como quien pule su propia carne. Tú, desnuda y virgen y casta, estás aquí como la imagen fiel de mi deseo.

LUCRECIA.—¿La ha visto Amnón?

MANUEL.—La ha visto.

LUCRECIA.—¿Ha sospechado algo?

JONADAB.—No lo imagino. Me la pidió para tenerla, con una rara vehemencia. Después, quiso comprármela.

THAMAR.—Yo la veré como lo que tus manos han creado. Ahora, en cierto modo, soy obra tuya.

JONADAB.—Aléjate de Amnón.

THAMAR.—¡De Amnón!

JONADAB.—Cuando te conocí, eras la obra suya. Pensabas como él, hablabas como él.

LUCRECIA.—Ya no soy más la obra suya.

JONADAB.—Que nunca más lo seas. Te dejo tu imagen, como yo la he moldeado. Quiero encontrarla intacta a mi regreso.

THAMAR.—¡Jonadab!

(*El la besa, dulcemente, primero, con pasión después.*)

THAMAR.—Jonadab... llévame contigo. (*Se besan*) Llévame contigo, Jonadab.

JONADAB.—No puedo llevarte.

THAMAR.—Yo no soy pobre, Jonadab. Llévame contigo.

JONADAB.—No sé, Tamar, no sé. (*Con violento deseo*) ¿Me querrias, antes?

THAMAR.—¿Que si te querría?

JONADAB.—Querrias tú que antes... tú y yo... (*La besa*) ¿Querrias? (*La besa.*)

THAMAR.—Si Jonadab, si querría. (*Rendida*) Si quiero.

JONADAB.—Yo soy pobre, Tamar.

THAMAR.—Mi padre tiene demasiadas riquezas inútiles.

(*Suena un portazo, que los hace volverse, y entra Carlos.*)

THAMAR.—¡Amnón!

AMNON.—Sí, Amnón soy. Tu hermano soy. Buenas tardes tengas, Jonadab.

JONADAB (*Levantándose, confundido*).—Buenas las tengas, Amnón.

AMNON.—¿Por qué esquivas mis ojos, hermana?

THAMAR.—No los esquivo, hermano.

AMNON.—Y no es cordial tu saludo, Jonadab.

JONADAB.—¿Tengo la obligación de ser más cordial que con nadie, contigo?

AMNON.—Casi me hiciste creer que sí, cuando te traje a esta casa.

(*Jonadab se levanta y camina al fondo, de espaldas a los dos.*)

AMNON.—Trajiste contigo tu estatuilla.

JONADAB.—La que codicias.

AMNON.—La que codicio. ¿La has traído para mí?

JONADAB.—(*Brusco*) La he traído para Tamar.

AMNON.—¿Por qué para Tamar?

JONADAB.—¿Debo explicarte ahora por qué hago un regalo a tu hermana?

AMNON.—Es cierto lo que dices. Tamar: quiero suplicarte algo.

THAMAR (*Sin volverse*).—Di, hermano.

JONADAB (*Con intención*).—Tú siempre suplicas algo a tu hermana.

AMNON.—Aun la súplica es ruda para acercarse a Thamar. ¿Acostumbras tú hablarle de otro modo?

JONADAB.—Yo no suplico nada a nadie. Me parece humillante y ridículo el hombre que por algún motivo oscuro se convierte en un eterno suplicante.

AMNON.—¿Piensas tú así, Thamar?

THAMAR (*Insegura*).—Di tu deseo, hermano.

AMNON.—Quiero que no aceptes la estatua.

(*Thamar se vuelve a verlo, asustada.*)

JONADAB.—¿Eres tú alguien que puede pedir eso a Thamar?

AMNON.—No soy nadie. Ni siquiera una sombra en la sombra de Thamar. ¿No me respondes Thamar?

JONADAB.—Respóndele. Thamar. (*Ella lo ve*) Respóndele.

THAMAR (*Esforzándose para hablar con violencia*).—No tengo nada que responderte. Tú, ni siquiera una sombra, mal puedes pretender el dominio de mis acciones.

AMNON.—¿Significa eso, "No tienes nada que hacer aquí"?

JONADAB.—Exactamente. No tienes nada que hacer aquí, en las habitaciones de Thamar.

AMNON.—¿Es eso lo que piensas, Thamar? Mírame a los ojos.

(*Thamar lo ve, pero baja la vista y se cubre la cara.*)

AMNON.—¿Por qué ocultas tu dulce cara?

THAMAR.—Tus ojos me lastiman, Amnon.

AMNON.—Me arrancaré los ojos si son capaces de hacerte algún daño. ¿Por qué me negaste el beso de bienvenida?

THAMAR (*Desesperada*).—Porque me avergüenzo de mis labios ante ti, hermano.

AMNON.—Preferiría la destrucción antes que causar la menor vergüenza a tu alma. Abrazame, Thamar.

(*Ella, cae, sollozando, en sus brazos.*)

JONADAB.—Déjalo, Thamar.

AMNON.—Es verdad. Tú, el extraño, estás aquí. ¿Qué haces aquí, Jonadab?

JONADAB.—Déjalo, Thamar. Retira tus brazos de su cuerpo, Amnon, no te atrevas a tocarla.

AMNON.—Soy su hermano, Jonadab. ¿Por qué no puedo yo tocar a mi hermana?

JONADAB.—Porque no la tocas como un hermano.

AMNON (*Avanza hacia Jonadab, en amenazadora calma*).—Tú no sabes cómo tocamos los hermanos, el puro amor y el deseo puro que los hermanos sentimos. Mi hermana y yo jugábamos desnudos cuando niños, y nada sino pureza había en nuestros juegos. Y Thamar es aún la misma niña.

JONADAB.—Thamar ya no es niña en modo alguno.

AMNON.—Thamar es una niña. Es una criatura dulce, como no ha sabido verla esa lascivia de tus ojos.

JONADAB.—Yo amo limpiamente a Thamar. Como un hombre limpio.

AMNON.—¿Por qué la ha desnudado entonces tu pensamiento? Has modelado la figura de una hembra en celo, con los rasgos de la niña Thamar.

JONADAB.—¿Eso es lo que ven tus ojos? Pero, ya basta. Me voy, Thamar. Vendré por ti ya cerca de la noche. ¿Me oyes, Thamar?

THAMAR.—Lleva la estatua contigo y no me busques, Jonadab.

JONADAB.—¿Qué has dicho?

THAMAR.—Que no me busques, Jonadab.

JONADAB.—¿Qué curiosa locura te alcanza ahora?

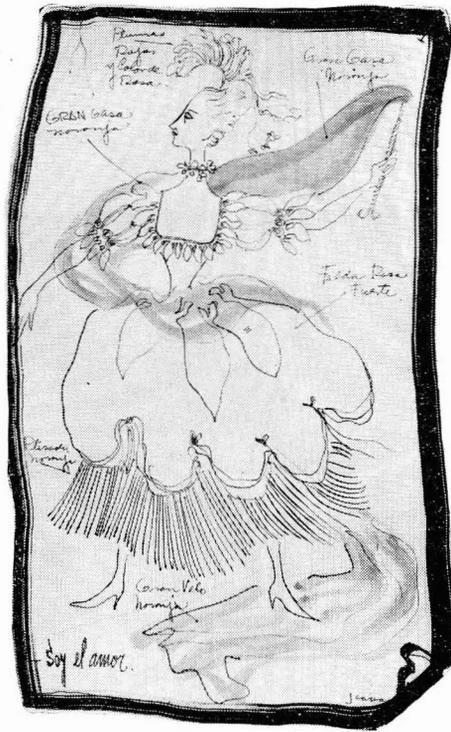
THAMAR.—No es locura. Ahora veo. Ahora pienso. ¡Cuánto daño me has hecho!

AMNON.—¿Qué has hecho a mi hermana, Jonadab?

JONADAB.—Nada de que deba yo avergonzarme.

THAMAR (*Tranquila*).—Ha intentado alejarme de ti.

AMNON.—¿De qué modo? ¿Qué has intentado con mi hermana?



THAMAR.—Ha intentado atarme con sus torpezas. Ha estrujado mi cuerpo. Me ha secado. Me ha ardidido como papel al fuego. Y ha suspendido tu imagen como sombra de pánico, siempre frente a mis ojos. Tu imagen siempre, tu querida imagen, ha sido invocada por él en los momentos en que podía provocar mi vergüenza. ¡Ah, y la vergüenza ha estado conmigo desde entonces, y desde entonces no puedo verme con tranquilidad en tus ojos!

AMNON.—¿Esa es pues tu obra, Jonadab!

JONADAB.—Traidora, sucia, sucia como él, manchada por el mismo pecado. Algo ausente había en ti, algo. ¿En quién pensabas al besarme? ¿A quién nombrabas en el fondo de ti cuando tu cuerpo languidecía? Sucia, sucia. No era yo quien lo invocaba pero ahí estaba, Amnon, la sombra de Amnon el suplicante.

AMNON.—¿Cierra los labios, ya, Jonadab!

JONADAB.—No intentes la violencia. Tan sólo me convertirías en amable víctima frente a sus ojos. Y tal vez ella no fuera entonces más tu cómplice, ni la obra tuya y de tu deseo.

AMNON.—¿He dicho que cierres los labios!

JONADAB.—No los cierro, no, porque es la obra tuya. Has buscado por su alma

el camino de su cuerpo, el cuerpo de Thamar, que aún no ha sido mío pero que ella me entregará cuando yo quiera, esta noche si así me place, por el sólo pavor que la hace huir de ti. He dicho esta noche, Thamar, ¿lo oyes? Espero tu cuerpo. Irás a entregármelo puntual. Piensa que así debes hacerlo, porque muy cerca ya, ronda tu hermano.

THAMAR (*Que se ha cubierto la cara con un brazo*).—¡Te callarás al fin!

AMNON (*Tembloroso, le toma una mano que ella retira. El susurra a un paso del sollozo*).—¿Es verdad, Thamar?

JONADAB (*Desde la puerta*).—Esta noche, Thamar.

THAMAR (*Se descubre la cara. Ve a los dos. De pronto, grita frenéticamente*).—¡Mátalo, Amnon, que él sabe!

(*Amnon la ve, transfigurada y se irgue. Ya no es más el suplicante. De un salto casi, aferra a Jonadab.*)

JONADAB.—¡Ah, Thamar, perra!

(*Pero Amnon lo ha tomado por el cuello. El otro se defiende. Principian una desesperada riña.*)

THAMAR.—¡Mátalo, Amnon, y que su muerte nos purifique! ¡Mátalo, Amnon, para que sea sólo tuya! ¡Mátalo, Amnon! ¡Mátalo, mátalo!

(*Los dos luchan salvajemente. Amnon golpea a Jonadab, que cae por fin al suelo. El otro salta sobre él sin dejar de golpearlo. De pronto Manuel grita:*)

MANUEL.—¡No, basta!

(*Pero Carlos está sobre él, sin dejar de golpearlo. Manuel deja de defenderse. Se cubre el rostro con las manos. Grita:*)

MANUEL.—¡Carlos, no!

(*Carlos sigue golpeando sin piedad. Lucrecia, estupefacta primero por el realismo de la escena, puede gritar al fin:*)

LUCRECIA.—¡Carlos!

(*Entra Rafael. Grita:*)

RAFAEL.—¡Carlos, suspendan la escena! ¡Basta, Carlos!

(*Van entrando los demás y gritan y exclaman.*)

OLGA.—¡Carlos, Dios santo, Carlos! ¡Pero ya no está actuando!

EVA.—¡Suspende la escena, Carlos, suspéndela!

(*Manuel no descubre el rostro. Lucrecia, en pie, horrorizada. Carlos, de espaldas al público, sigue golpeando sin piedad.*)

CARLOS.—Si es lógica, fundamental (*le da uno y otro golpe*), lógica (*continúa*), lógica (*hasta lograr una tensión de horror*), es lógica, es una escena fundamental.

LUCRECIA.—¡Carlos, Carlos!

(*Los seis actores se van acercando. Tal fue su desconcierto que no se les ocurrió intervenir. Dos detienen al fin a Carlos que no ofrece resistencia.*)

LUCRECIA (*Con voz apagada*).—¡Carlos!

(*Carlos cesa de pegar. Se incorpora y queda de rodillas. Manuel está inmóvil, recargado en la pata del mueble. Sus ojos abiertos, sin expresión, y la cara manchada de sangre. Carlos mira lo que ha hecho. Luego a Lucrecia.*)

CARLOS.—Lucrecia... (*Suplicante, trata de tomarle la mano. Ella se esquivaba, horrorizada.*)

CARLOS.—No... (*Al vacío*) perdón... no sirve, esto no sirve... (*se cubre la cara con las manos y solloza*) No sirve... No sirve... no sirve...

TELON.